

Luego hácia un lado se aparta.
 El valiente Mahandon,
 Que era el moro que lidiaba
 Con Don Alonso, le dijo,
 Enojado, estas palabras:
 —Permitidme, caballero,
 Que vaya á tomar venganza
 De mi muy querido hermano,
 Que cierto que esta batalla
 La concluiremos despues.—
 Don Alonso dijo:—Calla,
 Y tu defensa procura,
 Que en el grado que se halla
 Tu hermano, te verás presto,
 Que hoy ha de quedar vengada
 La sangre de Abencerrajes
 Tan sin razon derramada;
 Y el moro ensoberbecido,
 Pujante arrojó la lanza,
 Que rugiendo iba en el aire
 Como un rayo disparada.
 Don Alonso, que lo vido,
 Con cuidado y vigilancia
 Fué á revolver el caballo,
 Mas no lo volvió con tanta
 Presteza, cual requeria,
 Pues por las mismas ijadas
 El agudo hierro entró,
 Y se quedó atravesada.
 El caballo mal herido
 Del mucho dolor bramaba
 Dando saltos y bufidos,
 De modo que no bastaban
 A sujetarlo las riendas,
 Y temiendo una desgracia,
 Del caballo se arrojó;
 Y con intencion dañada
 El moro le acometió
 A caballo como estaba,
 Por tropezarle y herirlo,
 Confiado en la ventaja.
 Don Alonso era lijero,
 Y cuando vió que llegaba
 A caballo á darle el bote
 Daba un brinco, y se apartaba,
 Y se pasaba de largo;
 Y viendo perseveraba,
 Dijo Don Alonso airado:
 —¡Si en apearte te tardas
 Te he de matar el caballo,
 Que esa es accion muy villana!—
 Con esto el moro se apea,
 Y sacando las espadas,
 Allí empezaron de nuevo
 Otra muy cruel batalla;
 Y el muy diestro Don Alonso
 Halló lugar, y la espada
 Se la entró por un vacío
 Dándole una herida mala;
 Y el moro airado y soberbio
 A Don Alonso descarga
 Tan desaforado golpe,
 Que el águila que llevaba
 Le cortó, y en la cabeza
 Una mala herida saca.
 El valiente Don Alonso
 Antes que la asegundara,
 Por entre la brochadura
 Y la junta de las armas
 El aguda espada entró
 Y le pasó las entrañas.
 Cayó el moro agonizando,
 Y allí agonizando acaba;
 De lo cual dió Don Alonso
 A Dios muchas alabanzas,
 Y volviendo á su caballo
 Reparó que muerto estaba,
 Y montado en el del moro,
 Fué donde Don Juan estaba.

Don Manuel y Ali Hamete
 Ambos á dos peleaban
 A pié, porque los caballos
 Ambos rendidos estaban:
 Don Manuel con dos heridas,
 Y el moro con cinco malas.
 Anda el moro al rededor
 Haciendo mil caravanas,
 Tirando á diestro y siniestro
 Reveses y cuchilladas;
 Don Manuel se estaba quedo,
 Aguardando se acercara
 Para jugarle un buen lance,
 Y el moro cayó en la trampa,
 Pues se le vino á las manos,
 Que alzando brazo y espada
 Le dió un golpe tan soberbio,
 Que cortó el casco y la adarga
 Y parte de la cabeza:
 El moro sin repugnancia
 Cayó en el suelo de manos,
 Y encendido en viva rabia
 Se volvió á poner en pié,
 Y dió con la cimitarra
 A Don Manuel en un hombro;
 Pero no le ofendió en nada,
 Que alzando el invicto brazo
 Le dió tan gran cuchillada,
 Que la cabeza le hendió
 Hasta cerca de la barba;
 Cayó el moro moribundo,
 Y de allí á un instante acaba.
 Don Manuel alzó los ojos,
 Y á Dios le dió muchas gracias,
 Y montando en su caballo
 Se retiró donde estaban
 Don Alonso con Don Juan,
 Y muy contentos se abrazan.
 El Alcaide y el Cegri
 En esta ocasion andaban
 Ambos á dos muy revueltos,
 Y blandiendo las dos lanzas
 Se fué el uno para el otro
 Cual centellas disparadas.
 Se encontraron los caballos,
 Y el grande encuentro fué causa
 Que ambos vinieran á tierra,
 Y sacando las espadas
 Batallaron fuertemente:
 El moro en esta batalla,
 Muy confiado en sus fuerzas,
 Porque eran agigantadas,
 Se abrazó con el cristiano,
 Y abrazados como estaban
 Lucharon un grande rato,
 Sin reconocer ventaja;
 Pero el muy astuto Alcaide
 Se acordó de que llevaba
 Un puñal, y lo sacó
 Por entre las mismas armas;
 Por debajo del sobaco
 Le metió dos puñaladas;
 Segunda vez el Alcaide
 Le metió por una ijada
 El puñal, y cayó el moro;
 Y ántes que el moro acabara,
 Puesta la rodilla al pecho,
 Le hizo que confesara
 La traicion ya referida.
 Luego á los jueces encarga
 Tomasen fe y testimonio
 De lo que el moro declara,
 Y de parte de la Reina
 Mil instrumentos tocaban
 En señal de la victoria,
 Y todos victoreaban
 A los extranjeros turcos,
 Dándoles laurel y palma.
 Muza y su acompañamiento

Los llevan en su compañía;
 Por el Zacatin arriba
 Iban haciendo la salva
 Los resonantes clarines
 Hasta llegar á la Alhambra,
 Y mandó ponerles Muza
 Doscientos hombres de guardia,
 Allí fuéron bien curados,
 La Reina los visitaba
 Teniéndoles mil aplausos;
 Y la siguiente mañana
 Marcharon por ser preciso;
 Y la gente de Granada,
 Hombres, niños y mujeres,
 Todos juntos alababan
 A los hombres mas valientes
 Que hubo en la Europa ni en Asia,
 Y de la accion mas honrosa
 La mas heroica venganza.

(La reina Sultana, Pliego suelto.)

1500.

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA. — GARCILASO DE LA VEGA.
 (Anónimo.)

Despues de haber acabado
 Con alegria bastante
 Muchos saraos y zambras,
 Mandó el rey Chico se enlacen
 Fiestas en la Vivarambla;
 Pero sus glorias abate
 De un campeon la arrogancia
 Y el esfuerzo vigilante.
 Este es Fernando Pulgar,
 Que valiente y arrogante
 Fijó sobre la mezquita,
 Con resplandeciente esmalte
 El Ave llena de Gracia,
 Sin que su vista acobarde
 Estar el real á la mira
 De Granada, no distante
 Del Católico Fernando,
 Cuyo acero tan cortante
 Fué azote de la morisma,
 Y de la España realce.
 Toda la ciudad se altera,
 Dando alaridos muy grandes;
 Todos le piden al Rey,
 Que los guardas castigase,
 Pues si ellos no se durmieran
 Pulgar no lograra el lance:
 Todos entran en acuerdo,
 Y de la consulta sale
 Salga luego á la demanda
 El valiente moro Tarfe.
 El gallardo moro acepta,
 Y armado de gran coraje,
 En un caballo andaluz,
 Una fuerte adarga bate
 Con una letra que dice:
 «Salga el atrevido infame!»
 Y una gruesa lanza empuña,
 Que la heredó de su padre.
 Iba tan galan el moro,
 Que los corazones parte,
 Por donde el fresco Genil
 Todas sus aguas sparce;
 Y mirando á Santa Fe,
 Como á sus muros llegase,
 Alzándose la visera
 De esta suerte habló arrogante:
 —¡Cual será aquel caballero,
 Vista arnes, ó calce guante,
 Que anoche en Granada entró
 Con industrias intrazables,
 Como lobo cauteloso
 Que deja dormir los canes,
 Como á los rayos del sol

Cuando alumbra vigilante?
 ;Ese que llamáis Pulgar
 Mucho debe á sus pulgares,
 Pues con ellos tijar pudo,
 Sobre las conchas de arambro
 De la dorada mezquita,
 El pergamino que trae
 La cola de mi caballo!
 No fué accion tan arrogante,
 Que un cauteloso y aleve
 Fijara en plazas y calles
 Libelos infamatorios;
 Mas es hecho de cobardes.
 Pero sea lo que fuere,
 Granada, que el hecho sabe,
 Por agravio lo recibe
 Y lo tiene por ultraje,
 Y á todos vengo á decirlos
 En este libre lenguaje
 Razones que á todos piquen,
 Injurias que á todos cansen:
 A todos os reto y trato
 De viles y de cobardes.
 Salga Pulgar, pues que supo
 Fijar en Granada el Ave,
 A ver si sabe librería
 De este neblí que la trae;
 Salga ese Gran Capitan,
 Los Córdobaes y Aguilares,
 Porque vean divididos
 Sus escudos, por el aire;
 Salga si ha quedado alguno
 De los Manriques, Guzmanes,
 Que de la sangre se precian;
 Salgan todos al combate,
 Y si acaso á todos juntos
 Animo y valor faltase,
 Salga el mismo rey Fernando:
 De animo y valor se arme,
 Porque su Isabel lo vea,
 Si gusta de ver combates.
 Cobrad vuestra Ave Maria,
 Cristianos viles, cobardes,
 Que aquí en la Vega os espero
 Hasta las seis de la tarde.—
 Y revolviendo el caballo,
 Lijero á la Vega parte.
 En corvetas y escarceos
 Mil escaramuzas hace
 El bruto, que con las manos
 La cincha quiere quitarse,
 Siendo un monte que le oprime
 El gallardo moro Tarfe.
 Vuelve y revuelve mil veces
 De valor haciendo alarde:
 Todo el real se ha alborotado
 En ver quién ha de tocarle
 Empresa de tanto empeño,
 Hazaña de tanto esmalte.
 Indeciso está Fernando,
 Pesaroso de que falte
 Pulgar, y en esta ocasion
 Que en Santa Fe no se halle.
 Llamando á sus caballeros,
 Todos vienen vigilantes,
 Y el famoso Garcilaso
 Se ha echado á sus plantas reales.
 Mozo es gallardo y valiente,
 Y de generosa sangre;
 Mas tan jóven en sus años,
 Que diez y siete no hace,
 Y le dice:—Gran señor,
 Si ensalzar quieres mi sangre,
 Y si premiar mis servicios
 Y ganar mis voluntades,
 Dadme, gran señor, licencia
 Para salir al combate:
 Verás eclipsar la luna
 Del que ves tan arrogante.

No en verme joven, señor,
Tus esperanzas desmayen,
Porque el valor heredado
No necesita de edades,
Pues basta estar á tus rayos
Como el sol cuando renace,
Luz de las demas antorchas
Brilla en luces luminantes;
Pues aunque mi padre es muerto
En mi su valor renace.—
Admirado quedó el Rey,
Y casi quiso abrazarle;
Mas volviendo en sí, prudente
Refrenó su amor constante.
Dice:—Garcilaso amigo,
Muy digno es de celebrarse
Vuestro valor, mas sois mozo
Para una empresa tan grande;
Que esta ocasion pide mas
Experiencia que coraje.—
Quiso replicar, y el Rey
Lo dejó diciendo:—Baste.—
Toda la region del fuego
En su pecho le dió Cáncer;
Vierten veneno sus ojos,
Y por sus dos labios sale
Un tósigo en cada aliento,
En cada suspiro un áspid.
Salió del real irritado,
Donde sus caballos pacen
La yerba, y á sus criados
Mandó al punto que lo armen
De finas armas bruñidas,
Morrión clavado de acero
Con cuatro negros plumajes,
Que sus tristezas publiquen,
O que sus exequias canten,
En un caballo andaluz,
Hijo natural del aire,
Tizon con alma de fuego,
Bruto con aliento de ave:
Cuyo volcan, cuya brasa
Se muestra por los ijares,
Siendo un monte en cada choque,
Siendo un muro en cada arranque,
En cada encuentro estremece
A la legitima madre.
Una fuerte adarga empuña
Hecha de flamencos antes,
Con una letra que dice:
«Quien se engaña desengañe.»
Una gruesa lanza empuña,
Cuya punta penetrante
Se labró al temple del fuego
En las riberas del Tänger.
Echádose ha la visera,
Porque no quiere que nadie
Lo conozca, y que dé cuenta
Cómo sin licencia sale.
Así que descubrió al moro,
Batiendo los dos ijares,
Corre entendiendo que vuela,
Vuela entendiendo que parte.
Llegó donde Tarfe estaba,
Y despues de saludarle,
Le dice:—Bárbaro moro,
¿Qué aguardas? Ya está delante
Quien te quitará mas vidas
Que tú tienes vanidades:
Blasonas de ser nebli
Del Ave; mas te engañaste.
¿Quien te trajo al precipicio,
Donde no podrá librarte
Tu valor? Sácalo fuera,
De donde osado lo entraste.—
Con resolucion gallarda
Le atajó el moro al instante.
—¿Eres Pulgar?—le pregunta.

—No soy quien imaginaste,
Que si Pulgar te escuchara,
Vieras que entre sus pulgares
Desbarataba esos miembros
Que los moros tanto aplauden.
Uno soy no conocido,
Que en tu vida ha de ensayarse:
Ni he dado horror á Granada,
Ni cobré los tafetanes
Perdidos, que por desprecio
Suelen tremolar al aire.
—Descúbrete, pues ya ves
Que descubierta me hallaste.—
Se alzó Laso la visera,
Y así que lo vido Tarfe,
—¿Eres mujer? le pregunta.
Si eres dama, no me engañes,
Porque mi esfuerzo no llama
Mujer ni niño al combate.
Vuélvete, engañado joven,
Y agradece mis piedadas,
Que para que esto les cuentes
La vida quiero dejarte.—
Enfadado Garcilaso,
Apretó los acicates:
Tal encuentro le dió al moro,
Con resolucion tan grande,
Que previniendo defensa
La lanza llegó á enristrarle.
Todo el real está confuso
En ver esfuerzos tan grandes;
Ninguno lo ha echado menos;
Mas el valeroso Infante,
Falseándole en el peto
Lo pasó de parte á parte.
Cayó del caballo el moro,
Donde con ansias mortales
En monumentos de arena
Sirvieron á su cadáver
De tumba, la blanca adarga,
De pira, el rojo turbante.
Se desmontó Garcilaso,
Y desnudando el alfanje,
Dividió el bárbaro cuello
Para que su rey le hollase,
Y postrado de rodillas
Quitó de la cola el Ave,
Y destilando sus ojos
Aljófar, le dice:—¡Salve,
Intacta virgen Maria,
Pura, limpia y dulce Madre!
Salve, soberana aurora!
Salve, luna sin menguante!
Salve, estrella matutina!
Salve, astro el mas brillante,
Madre del sol de justicia,
Hija del eterno Padre,
Del amor divina esposa,
Del cielo puerta admirable!
Salve, escala de Jacob!
Salve, Judit mas constante!
Abigail mas prudente
Y Ester benigna y afable,
Que coronada de estrellas
Pisas tronos celestiales,
Recibe el corto trofeo
Que ofrezco con humildad.
A tu pura concepcion.—
Y con tiernos ademanes
En la punta de la lanza
La puso por estandarte.
Presentó al Rey y á la Reina
Los despojos militares.
Lo mandó prender el Rey,
Porque sin licencia sale;
Mas la Reina cuidadosa
Le alcanzó el perdon, y afirmó:
Hizo que abrazara al Rey,
Y al Rey que á él lo abrazase.

—Garcilaso de la Vega
Desde hoy has de llamarte,
Porque en la Vega hicisteis
Hazaña de tanto alarde.—

(Triunfo del Ave Maria, etc. Pliego suelto.)

Comparando este romance con los de los números 1118 al 1123 inclusivos, se advertirá desde luego la diferencia que existe entre estos y los que pertenecen á la clase vulgar. Se ve sin embargo que conservan unos y otros mucha analogía con las ficciones caballerescas, que descubren el tipo primitivo é indeleble de la poesia nacional, por mas que el estilo sea diverso y se vaya apartando del gusto que caracteriza la poesia popularizada del siglo XVI, y mucho mas la de los romances viejos, de cuya sencilla rudeza se apartan los vulgares, para revestirse con el aparato facticio de una mal dirigida fantasia, que cree hallar la belleza en la exageracion de los medios poéticos y en los colorines que adornan cuadros mal é incorrectamente dibujados.

1501.

DOÑA INES DE CASTRO CUELLO DE GARZA, DE PORTUGAL.

(Anónimo¹.)

A la Reina de los cielos,
Que con excelencias tantas
Se coronó de laureles
Para llevarse la palma;
A aquella que ave divina
Se remontó bella garza
A lo mas alto del cielo,
Adonde está colocada,
Le suplico que me preste
Una pluma de sus alas
Para que escriba mi ingenio
La crueldad mas inhumana,
Y la lástima que lloran
De bronce y mármol estatuas.
En ese lucido reino
De la gente lusitana
Nació un principe famoso,
A quien dió nombre la fama
De cruel, aunque para serlo
Le dieron bastante causa.
Por gusto del rey su padre
Con una infanta de España
Casó el Principe famoso
Con grandeza soberana,
Y á Portugal, con su reina,
Pasó por dama, una dama,
Cuya hermosura por grande
Se igualó con su desgracia.
Era Doña Ines de Castro,
Ya lo he dicho, que esto basta.
Murió luego en Portugal
La princesa castellana;
Sintió Portugal su muerte
Tanto como le tocaba,
Y el Principe se portó
Con grandeza para honrarla;
Y sosegada la pena,
Que el tiempo todo lo acaba,
Salió para divertirse
Al jardin, como estilaba,
Donde dió vista á una fuente
De una fábrica tan rara,
Que era toda de alabastro,
Como una taza de plata,
Y allí poniendo sus ojos
Vió reclinada una dama,
Que en los frígidios cristales
Al espejo se miraba.
Llegó el Principe á la fuente,
Porque el fuego busca al agua
Y mirando su hermosura,
Quedó su vista abrasada,
Y á su cariñoso estilo
Volvió Doña Ines la cara.
Quedóse el Principe helado,
Y Doña Ines quedó helada,

Bebiéndose los alientos
Por los ojos, hasta el alma.
El fuego venció á la nieve,
Y derritiendo la causa
Que aprisionaba su lengua,
Rendido el Principe habla.
Palabra le dió de esposo
Prometiéndole coronarla
Por reina de Portugal;
Y la dama cortesana
Con justo agradecimiento
Su candido jazmin saca.
Dióle la mano de esposa,
Y en fe de mano y palabra
Se casaron en secreto
Con union muy voluntaria;
Y temiendo que su padre
Esta accion les estorbara,
Pará que mas se ocultase
Del real palacio la saca,
Aposentando su hechizo
En una quinta que estaba
Convecina del Mondego.
Y su padre, que ignoraba
Los lances que he referido,
Trató luego con Navarra,
Atribuyéndolo á dicha,
El casarle con su Infanta.
Concediólo el Rey navarro,
Y la infanta Doña Blanca,
Acompañada de grandes
De su corte y de su casa,
Pasó á Lisboa, causando
Mil penas eslabonadas.
Visitó el Principe al Rey,
El cual le ordena y le manda
Que pues ha de ser su esposo,
Visitase á Doña Blanca.
Obedecióle Don Pedro,
Y recibiólo la Infanta
Con cariñosos cortejos,
Y el Principe así le habla:
—Ilustrisima señora,
Cierto me holgara en el alma
Excusar vuestro disgusto
Y el mio, por ser yo causa
De los presentes desaires,
En que os miro estimulada;
Mas supuesto que es preciso
Vuestra pena declararla,
Rompa mi voz el silencio,
Pues ya no puedo ocultarla.
Casé, señora, en Castilla
Primera vez con la Infanta
Por el gusto de mi padre;
Pero pues no está ignorada
La dicha de estos principios,
Pasemos á la sustancia.
Cuando mi querida esposa
Pasó á Portugal, de España
Vino asistiéndola entónces
Una bellissima dama,
Una hermosura, un prodigio,
Perdóneme el alabarla
Vuestra Alteza en su presencia:
De su belleza informarla
Me importa, porque disculpe
Temeridades osadas,
Cuando advertida conozca
De estos extremos la causa.
Es, en fin, por abreviar,
Doña Ines Cuello de Garza,
Tan garza, que su hermosura
Y discrecion remontada,
Por ser un cielo, es el centro
De la gloria de mi alma.
Vióla mi vista, y perdíla,
Pues me la robó su gracia;
Solicité su hermosura,

Y favoreció mis ansias
Tanto, que logré la dicha
De gozar premios por paga.
Ya Doña Ines es mi esposa,
Que está conmigo casada,
Su esposo soy tan gustoso
Que á mi dicha no se iguala
La mayor dicha del mundo,
Porque es mi dicha tan alta:
Y así podrá vuestra Alteza
Volverse luego á Navarra,
Que solo Ines ha de ser
En Portugal coronada.—
Fué el Príncipe, y quedó
En blanco la triste Blanca,
Dando á los ojos licencia
Para que tristes lloraran
La pena que padecía;
Y el noble rey de Navarra
Sintió con grandes extremos
El desaire de su hermana.
Mandó que al arma tocasen
Las trompetas y las cajas,
Y los fuertes capitanes
Se pusiesen en campaña
Con ejércitos valientes
Bien prevenidos de armas,
Hasta ver de Portugal
La corona derribada;
Que para recuperar
El agravio de su hermana
Solo pretende ponerla
Por alfombra de sus plantas.
Sonó el clarín belicoso,
Crujió el parche de las cajas,
Poblóse el campo de picas,
De mosquetes y alabardas,
Y con fieros estandartes,
Y banderas tremoladas,
Le puso sitio á Lisboa:
Y temiendo su arrogancia
El portugués, pidió treguas
Y á sus consejeros llama:
Y puesto en el trono altivo
Su consejo les demanda.
Era el uno Egas Coello,
Y Alvar Gonzalez llamaban
Al segundo consejero,
Y el consejo que le daban
Fué que Doña Ines de Castro
Muriese, que era la causa
De las guerras, que su muerte
Era de mucha importancia.
El Rey replicó que no,
Que era tiranía ingrata.
Replicaron los traidores
Que perdería su fama,
Y que junto con su vida
Su corona peligraba.
Y en fin, tiranos, alevés,
Tantos riesgos alegaban,
Que bajó desde su trono
El Rey, dejando firmada
De Doña Ines la sentencia
De que muera degollada.
Al Príncipe aseguraron
En la prision de un alcázar,
Y partieron á Coimbra,
Donde Doña Ines estaba.
Aquí la mano me tiembla,

Aquí la pluma se pára,
Aquí el pulso titubea,
Y la lengua aprisionada
Entre penas y tormentos,
No pronuncia lo que habla.
Le leyeron la sentencia
A aquella cordera mansa,
A aquella que imitó á Abel
Entre el furor y la saña
De tan ingratos Caines;
Y vestida de mil ansias,
Rociaron sus auroras
Perlas, que en la filigrana
De sus hermosas mejillas
Se miraron esmaltadas;
Y sentada en una silla
Las manos atrás atadas,
Llegó el tirano horricida,
Cubrió su cielo una banda,
Cortó el ingrato cuchillo
Su bellísima garganta.
Quedó aquella nieve, roja,
Aquella luna, eclipsada,
Aquel sol, todo nublado,
Aquella luz, apagada,
Aquella estrella, sin rayos,
Aquel lucero, sin alba,
Sin púrpura, aquella rosa,
Aquel clavel, sin fragancia,
Aquel jazmin, deshojado,
Y sin cuello aquella garza,
Abatidos ya sus vuelos,
Y remontada su fama.
Murió Doña Ines de Castro,
Dios le dé gloria á su alma,
Y entre hermosos paraniños
Se eternice colocada;
Y el Príncipe mas amante
Cuando supo la desgracia,
Sus amorosos extremos
Dígalos por mí la fama;
Y desmintiendo la noche
Con la luz de cien mil hachas,
Le hizo un entierro solemne
Desde Coimbra á Alcobaza,
Donde sobre su cabeza
Puso la corona sacra,
Y luego todos sus grandes
Besaron la mano blanca.
Hizo que todo su reino
Por su reina la jurara,
Y á los ingratos traidores
Por las traidoras espaldas
Arrancó los corazones,
Porque su culpa pagaran.
Emplazado murió el Rey
Para dar cuenta tan larga:
Quedó Doña Ines sin vida,
Y los traidores sin alma;
Y cuando supo el suceso
Levantó el sitio Navarra,
Y el Príncipe sin consuelo
Quedó llorando mil ansias.
Rendido pide el ingenio
Perdon de sus muchas faltas.

(Doña Ines de Castro, etc. Pliego suelto.)

⁴ También el poeta que hizo este romance vulgar ha alterado la historia, tan á su antojo como lo hicieron los compositores de los romances antiguos incluidos en los números 1236, 1237, 1238, 1243 y 1244.

SECCION DE ROMANCES VULGARES DE LEYENDAS, VIDAS DE SANTOS
Y DE CASOS MILAGROSOS.

1502.

LA VIDA DE SAN ALBANO. — I.

(Anónimo ¹.)

Las tres divinas personas,
Padre, Hijo, Espíritu Santo,
Alumbren mi entendimiento,
Y dén su auxilio y amparo,
Para que pueda explicar
La rudeza de mi labio
Del Húngaro mas felice
La santidad y milagros.
Hubo en los reinos de Hungría,
Entre otros, un potentado,
Cuyo príncipe y señor
Fué el nobilísimo Hisano,
El cual tenía una hija,
De la hermosura dechado:
No dibujo perfecciones,
Que será el prólogo largo.
Paso pues á la sustancia,
Y digo, que quince años
Tiene la hermosa Princesa,
Cuando el padre enamorado
De su belleza se hallaba,
Cual factonte, despeñado,
O cual Icaro, atrevido.
¡Oh pensamiento tirano!
Levantóse cierta noche
Con un puñal en la mano,
Y al lecho de la Princesa
Se llegó con lento paso,
Diciendo: —Despierta, hija,
Deja el profundo letargo,
Recibe dulces caricias,
Admite tiernos halagos
De tu padre, que se halla
Mi corazón abrasado,
Y si no, este limpio acero
Fin dará á tus tiernos años.—
Oyendo lo referido,
Con documentos cristianos
La Princesa le responde:
—¡Que en vuestro pecho abrigado
Hayas, padre, tal maldad!
Teme de Dios los amagos,
Teme de Dios el castigo,
No determines osado
Ejecutar tal delito,
Haya en tal delirio vado:
Con lágrimas os lo pido.—
Mas el Príncipe, arrestado,
Le amenazó con la muerte.
¿Quién vió suceso mas raro?
Gozó el padre de la hija:
¡Qué enorme y atroz pecado!
Sintiéndose embarazada,
A un cuarto se ha retirado,
Y con oscuras bayetas
A su cuerpo le ha adornado.
Allí hacia penitencia,
A la majestad clamando
De Dios todopoderoso,
Le perdona sus pecados.
Y en tiempo de nueve meses
Continuos, se ha ejercitado
En labrar unos pañales,
Y en ellos ha dibujado
El escudo de sus armas
Con grandísimo cuidado.

Sintiéndose con dolores,
Al padre cuenta le ha dado
Cómo de parto se hallaba:
Al proviso mandó Hisano
A un criado que llevase
Lo que naciese, á arrojarlo
En el monte, y lo matase.
¡Oh qué pecho tan tirano!
¡Oh qué crueldad tan acerba!
Las piedras hacen quebranto.
Parió un niño muy hermoso,
Y envolviéndolo en los paños,
Viendo que el criado lo toma,
Con lágrimas le ha rogado
Que no le diese la muerte.
Metiendo espuela al caballo
Al término de seis leguas,
Al rústico pié de un árbol
El infante se dejó
Anegado en tierno llanto,
Pidiendo al monte, á las aves,
A los riscos y collados
Con lastimosos sollozos
El sustento que ha negado
La ingratitud de sus padres:
A cuyo tiempo impensado,
Examinando aquel monte
Venía el príncipe Albano,
El cual tenía dominio
Sobre dicho potentado
De Hisano; y viendo al infante,
Con cariño lo ha tomado
En los brazos, y lo lleva,
Y con secreto y recato
Mandó criar aquel niño:
Púsole el nombre de Albano,
Echando voz en el reino
Es su hijo; y reparando
En los pañales, guardólos
Con grandísimo cuidado.
El referir se crió
Con los políticos cargos
Que en los príncipes se usan,
Es, señores, excusado.
Era de todos querido
Por lo afable y cortesano;
Al par era limosnero,
Honesto, prudente y casto.
Llegó á tener veinte abriles,
Cuando el padre lo ha llamado,
Diciendo: —Querido hijo,
Es cierto, mi amigo Albano,
Que mi parecer ha sido
El que tomes nuevo estado:
Bien sabes somos sujetos
A la muerte, y esto es claro.
Yo gusto de que te cases:
Ocho son los potentados
De tu dominio, y así,
Si gustas ejecutarlo,
Despacharé embajadores
Haciendo á todos el cargo
Que aquel que tuviere hija,
Al punto venga á tu mano
Su copia de original,
Y la que fuere tu agrado
Por esposa elegirás;
Que es bueno que mayorazgo
Hayas, hijo, que es razon.
Obedeciendo el mandato